

Giorgio Agamben, *Autoritratto nello studio*, Milano, Nottetempo, 2017, 176 pp.

Autoritratto nello studio es un libro imposible, inescrible, ilustrado casi como si fuera para niños. Un autorretrato de un pintor tiene una neblina que es imposible de escribir. Y sin embargo, *Autoritratto* guarda una extraña intimidad con la pintura, no por extensamente ilustrado, sino por el temblor indecible que genera en el lector. Sería más “preciso” escribir que es un libro doblemente imposible: no sólo porque un autorretrato de un pintor es inescrible, sino sobre todo porque el estudio es la imagen de una potencia inapropiable. Describir una potencia parece imposible, señala Agamben, ella parece inevitablemente determinarla a partir de actos que la separan y cierran. Y sin embargo, estamos ante un autorretrato en el estudio. Estudio que si bien sucedió entre distintos tiempos y lugares (París, Venecia, Roma por lo menos) resta frágilmente el mismo. La imagen de tal potencia lleva a Agamben a escribir sobre cómo leer, sus libros más amados –lo enseñan el alfabeto a los infantes o *La persona y lo sagrado* de Weil–, las fotografías, cartas –la de Heidegger por ejemplo, pero también los manuscritos que recuperó del único autor que decidió continuar Walter Benjamin– que guarda en ellos, el contacto sin contacto entre poesía y filosofía, esto es, una recapitulación mesiánica donde pasado y presente se superponen y repiten. Imagen dialéctica entre presente y pasado que no totaliza, sino que mediante la analogía establece singularidades que se evocan entre sí. Es así que los problemas de la metafísica agambenianos aparecen entrelazados con “su” vida, impersonal y anónima.

Autoritratto puede ser leído como un testimonio de los restos de la amistad –con Italo Calvino, Elsa Morante, Guy Debord, Jean-Luc Nancy, al que siguió muy de cerca en los 80 y se fue distanciando en los 90, entre otros, pero incluso aquellos que podrían llegar a ser considerados sus maestros, como Giovanni, Martin Heidegger o José Bergamín rechazan tal lugar– en boca de un extranjero que espera con impaciencia frenada la muerte que siente cercana. Había dicho al principio que era un libro doblemente imposible: imposibilidad de escribir la muerte que es inalcanzable, y al mismo tiempo, traza de la muerte que sucede incesantemente. Testimonio que ya no tiene fe en la Humanidad, sino más bien en la hierba, por, en y como ella se declara haber vivido. Por ello, narra vidas que exceden la delimitación binaria y especista entre animal y humano, dando cuenta de que Benjamin es el ángel que lo cuida o que Caproni es como un animal que una mutación lo llevó más allá de los límites de su propia especie, sin inscribirse por ello en otra *phylon*. Las últimas palabras rozan el testamento, pero sobre todo son testimonio de una poderosa fe en el uso y lo común: “La hierba, la hierba es Dios. En la hierba –en Dios– están todos aquellos que he amado. Por la

hierba y en la hierba y como la hierba he vivido y viviré” (p. 167). Es así que Agamben ama nietzscheanamente por encima de él, de sus límites humanos, demasiados humanos, y es Pulcinella el personaje filosófico ni animal ni humano que, siendo análogo a Zaratustra, hace la vez de primer tomo de su autobiografía. Aún así, es sumamente problemático cuando recuerda que Bergamín decía que la verónica era el momento justo en tauromaquia, sin siquiera atinar una crítica a semejante aberración contra los toros (p. 60).

Testimonio de un mundo que excede al delimitado por Heidegger, que es una experiencia de un umbral –es posible llamarlo resurrección– entre vivientes y muertos, pasado y presente en constante contacto y restancia. Un mundo que si bien es inapropiable, común e inasignable a ningún ente privilegiado, es a través de la sociedad del espectáculo y la máquina antropológica delimitado de modo tal que todo por lo que valdría la pena vivir puede encontrar lugar nada más en un museo o en un manicomio. Agamben declara así no haber tenido el coraje de Walser o Hölderlin de cruzar el umbral entre la razón y la locura. Testimonio que es sobre todo una intervención política contra la judicialización y separación totalitaria de la vida en mercancías en el capitalismo como religión en curso. *Autoritratto* narra una vida impersonal que habita la experiencia de la comunidad de vivientes con intensidad, y es de ese modo, un esfuerzo radical por la desactivación de la máquina antropológica, que históricamente separó a la vida vegetativa de aquella sensitiva e intelectual. Quizás por ello la única fotografía que Agamben se niega explícitamente a explicar es aquella que se encuentra en un estudio veneciano, donde se ve a una muchacha que orina. De ella se limita a decir que, como Benjamin sabía, los elementos del estado final están diseminados en el presente en formas ridículas. Si la operación biopolítica-metafísica separó y colocó como lo más bajo a la vida vegetativa y a lo más alto al pensamiento, Agamben procede con una inversión mesiánica y un gesto infantil: “Orinar es del todo homogéneo a pensar” (p. 143).

Juan Cruz Aponiuk

Ana Paula Penchaszadeh, *Política y hospitalidad. Disquisiciones urgentes sobre la figura del extranjero*, Buenos Aires, Eudeba, 2014, 284 pp.

Este libro recorre el pensamiento de Jacques Derrida acerca de la hospitalidad desde una reflexión sobre la problemática del extranjero, considerado no solamente desde la exclusión, sino desde el desborde del andamiaje teórico que ha pensado a este último desde la identidad y la simetría. El extranjero es un extraño que “se mantiene en una relación de libertad y